

GIANNI RODARI

LAS
AVENTURAS
DE
CEBOLLINO



Ilustraciones: Chiara Baglioni



Puedes consultar nuestro catálogo en
www.picarona.net

LAS AVENTURAS DE CEBOLLINO

Texto: *Gianni Rodari*

Ilustraciones: *Chiara Baglioni*

1.ª edición: octubre de 2020

Título original: *Le aventure di Cipollino*

Traducción: *Manuel Manzano*

Maquetación: *Montse Martín*

Corrección: *Sara Moreno*

© 1980, Maria Ferretti Rodari y Paola Rodari

© 2008, Edizioni EL, Trieste, Italia

(Reservados todos los derechos)

Derechos negociados a través de Ute Körner Lit. Ag

www.uklitag.com

© 2020, Ediciones Obelisco, S. L.

www.edicionesobelisco.com

(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona

Tel. 93 309 85 25

E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-353-6

Depósito Legal: B-11.923-2020

Printed in India

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I. Le aplasta un pie Cebollón al gran príncipe Limón.	9
CAPÍTULO II. De cómo don Calabacín, con maña, se fabricó su propia cabaña	16
CAPÍTULO III. Un milpiés piensa: «¡Qué desespero llevar a los hijos al zapatero!»	29
CAPÍTULO IV. De cómo el terrible perro Mastín cae dormido cual querubín	33
CAPÍTULO V. Señores ladrones, antes de entrar la campanilla debéis tocar.	38
CAPÍTULO VI. La panza del barón complica más la cuestión	44
CAPÍTULO VII. Cerecino, en esta ocasión, a don Perejil no presta atención.	55
CAPÍTULO VIII. ¡Ay, qué grave enfermedad puede ser la soledad! . . .	64

CAPÍTULO IX. El comandante Ratón el decoro pierde mientras el caballero Tomate se pone verde	70
CAPÍTULO X. Un topo explorador y un final poco halagador	80
CAPÍTULO XI. Con los calcetines se acuesta Tomate para que nadie la llave le arrebatte	91
CAPÍTULO XII. No hay verdugo que se muestre vivaracho ante Pirro Porro y su mostacho.	99
CAPÍTULO XIII. El abogado todo lo olvida y al caballero Tomate le salva la vida.	107
CAPÍTULO XIV. Don Guisante ha sido ahorcado pero al paraíso no ha llegado	111
CAPÍTULO XV. Explicación sorprendente del capítulo precedente.	114
CAPÍTULO XVI. Las aventuras de un investigador y de su sabueso asesor	120
CAPÍTULO XVII. Cebollino entabla amistad con un oso sin maldad	138
CAPÍTULO XVIII. Un elefante aficionado a filosofar y una foca que no sabe callar	145
CAPÍTULO XIX. Se describe en este pasaje un tren muy especial y su viaje	154
CAPÍTULO XX. Gracias a un beodo y a un entrometido el castillo es invadido.	163
CAPÍTULO XXI. Terminados los fuegos artificiales se tiñen de negro condesas y generales	171

CAPÍTULO XXII. El barón rueda con trayectoria nefasta y a veinte generales aplasta	179
CAPÍTULO XXIII. Don Guisante cambia de opinión y Cebollino vuelve a la prisión	185
CAPÍTULO XXIV. El cartero es una araña que a los guardias engaña	192
CAPÍTULO XXV. Por culpa de una gallina sin juicio el cartero cae en acto en servicio	198
CAPÍTULO XXVI. Con apresuramiento exagerado hasta los limonados han escapado	208
CAPÍTULO XXVII. Una estúpida carrera y un príncipe en fuga por la pradera	217
CAPÍTULO XXVIII. El caballero Tomate, el muy burdo, impone un impuesto absurdo	221
CAPÍTULO XXIX. El príncipe Limón, por miedo y bajeza, cambia las leyes de la naturaleza	229
CAPÍTULO XXX. Y el gran final: todos juntos en el castillo, desde el primer noble hasta el último chiquillo	238

PRÓLOGO

Si yo fuera tú, prestaría atención: la que tienes entre las manos no es una historia de frutas y verduras, sino una novela antifascista para niños escrita por un partisano. ¿Puedes decir esto de un libro infantil sobre un niño-cebolla en un mundo de príncipes-limón, alguaciles-tomate, abogados-guisante y campesinos-calabacín? Cuando se trata de Gianni Rodari, sí, porque ser poeta, periodista y escritor eran para él derivaciones brillantes de ser, ante todo, un hombre libre y liberado. No podría ser de otra manera: no es un momento aleatorio aquel en el que escribe Rodari, sino la posguerra de la reconstrucción después de un aterrador conflicto mundial, con veinte años de fascismo. Cuando publica *Las aventuras de Cebollino* corre el año 1951, y la República italiana, que entonces sólo tiene cinco años de vida, es incluso más joven que los niños y niñas a los que se dirige la novela; Rodari lo sabe tan bien, que su intención de pedagogo sólo va dirigida a juntar las tiernas edades de una y de los otros y hacerlos crecer juntos. Escribir para niños fue uno de los actos más políticos que se podrían haber imaginado en esos años, tanto que todos los intelectuales sintieron la necesidad de hacerlo: de Capuana a Gozzano, de Pascoli a Moretti, de Calvino a Moravia, de Malerba a Morante, porque reconstruir el imaginario infantil después de dos décadas de adoctrinamiento parecía fundamental para todos los adultos sabios. Hoy no nos resulta fácil imaginar a qué urgencia respondía ponerse a hacer literatura infantil al alba de un nuevo sistema de valores, mientras la escuela cambiaba radicalmente, se reescribían los programas didácticos y la sombra del fascismo y del nazismo aún dejaban profundas secuelas en la sociedad italiana. Hemos crecido en democracia y tenemos una relación con la igualdad entre los ciudadanos que está

garantizada por la Constitución: nosotros, al menos en teoría, damos por sentado que no hay diferencias de dignidad frente al Estado y que todos tenemos los mismos derechos y los mismos deberes. Sin embargo, si para los niños de hoy en día es un ejercicio de imaginación leer las aventuras de Cebollino con la injusticia y ver en sus acciones la puesta en escena de la diferencia de privilegios entre los pobres y los ricos, para los niños que crecieron entre los escombros de los bombardeos y de una monarquía recién expulsada esas vicisitudes eran tangibles y cotidianas, y estaban lejos de acabarse. Escribir historias para los hijos de la guerra significaba darles la oportunidad de imaginar otra historia, otro país, un lugar para crecer sin temor a que un «villano» autoritario y violento o un príncipe caprichoso e injusto pudiera arrebatárles el derecho a ser libres y felices. Es un mundo al revés aquel en el que Rodari sumerge a sus pequeños lectores desde la primera página, un mundo donde, como dice el padre de Cebollino arrestado injustamente, «las cárceles están hechas para los que roban y los que matan, pero desde que manda el príncipe Limón, quien roba y quien mata está en su propia corte y los buenos ciudadanos van a prisión». Una distopía, diríamos hoy, pero que no es sino una manera literaria de entender el régimen. La familia de Cebollino es pobre y apesta a pobreza, tanto es así que cuando el príncipe Limón va a visitar su pueblo es necesario que lo preceda la guardia limonada para rociar a los pobres con litros y litros de esencia de rosas para que el soberano no los huelga. Comienza así, con una negación olfativa, la injusticia con la que el niño-cebolla tendrá que lidiar a lo largo de la historia y es una injusticia que no sólo le concierne a él y a su familia de cebollas: toda la aldea es de diferentes modos acosada, pequeños y grandes, varones y hembras, porque nadie está a salvo en el mundo del príncipe Limón. Cebollino, sin embargo, no es un niño indefenso y frágil, sino un cruce entre Peter Pan y Robin Hood, un poco pícaro y un poco pirata: tiene la audacia de la extrema juventud y el desprecio por las instituciones propio del ladrón del bosque. Con

mil tretas y sin la menor sumisión al poder establecido, en cada aventura se burla de la autoridad y pone en solfa normas, reglas y principios, siempre en busca de restablecer para todos, si no la libertad misma, al menos el deseo de ser libres. Es un rebelde, un revolucionario o, mucho más *rodariamente*, un partisano, un pequeño resistente a las fuerzas violentas de la arrogancia y del abuso. No todos los personajes que conoce tienen la misma actitud hacia la injusticia: muchos están asustados y otros son incluso adeptos, como el oso cuyos padres fueron hechos prisioneros y encerrados en el zoológico donde, al menos, pueden comer y beber y son admirados por los visitantes. Cebollino, por otro lado, tiene un impulso hacia la libertad que no permite compromisos. «Libertad significa no tener amos», repite categóricamente y es imposible no contagiarse. Al final, será eso precisamente lo que sucederá: la población, animada por el espíritu de este niño al que nadie puede tirarle del pelo sin acabar llorando, poco a poco se unirá y se levantará contra el príncipe Limón para enviarlo al exilio junto a la nobleza a la que servía y finalmente establecer la República donde el castillo se convertirá en una sala de juegos y nadie acosará a los pobres e indefensos.

Puedes leérselo a los más pequeños como un cuento de hadas y te divertirás mucho. Puedes leerlo tú mismo como una metáfora, como un pariente cercano de *Rebelión en la granja* de Orwell, y sentirás un estremecimiento en lo más hondo de tu ser. Incluso puedes presentarlo como un libro de historia de la República italiana, ayudando a los pequeños a comprender que la lucha contra el poder opresivo no es fácil, pero se hace posible si todos se unen. No obstante, la frase final, «Y que así sea, amén», siempre me ha obligado a leer esta historia como una oración, una invocación dirigida a los adultos para que la libertad nunca corra tanto peligro como para obligar a un niño a abandonar los juegos para hacerse partisano.

Michela Murgia

CAPÍTULO I

Le aplasta un pie Cebollón al gran príncipe Limón

Cebollino era hijo de Cebollón y tenía siete hermanos: Cebollete, Cebolloto, Cebollete, etcétera, todos nombres adecuados para una familia de cebollas. Buena gente, hay que decirlo de inmediato, pero bastante desafortunada.

Qué quieres, cuando se nace cebolla, siempre hay lágrimas en casa.

Cebollón y sus hijos vivían en una barraca de madera, un poco más grande que una de esas casetas que se ven en los huertos. Los ricos que pasaban por allí arrugaban la nariz con disgusto.

—Madre mía, qué olor a cebolla —decían, y ordenaban al cochero que azotara a los caballos.

Una vez también tuvo que pasar por allí el gobernador, el príncipe Limón. Los dignatarios de la corte estaban muy preocupados.

—¿Qué dirá Su Alteza cuando huela ese tufo a pobres?

—Podríamos perfumarlos —sugirió el gran chambelán.

Una docena de limonados fueron enviados allí inmediatamente para perfumar a los pobres. Para la ocasión, dejaron en casa las

espadas y los fusiles y cargaron sobre los hombros grandes bidones llenos de agua de Colonia, de perfume de violetas, y de esencia de rosas de Bulgaria, la más fina que hay.

Cebollón, sus hijos y sus parientes fueron sacados de las barra-cas, alineados contra las paredes y rociados de pies a cabeza hasta dejarlos empapados, tanto que Cebollino pilló un resfriado.

De repente se oyó el sonido de una trompeta y llegó el gober-nador en persona, con los limonetes y los limonados de su séquito. El príncipe Limón iba vestido de amarillo, incluso el sombrero, y encima del sombrero llevaba una campanilla de oro. Los limone-tes de la corte llevaban campanillas de plata y los limonados de la guardia una campanilla de bronce. Todos juntos tocaban un magní-fico concierto y la gente corrió a verlos, gritando:

—¡Aquí llega la banda!

Pero no era la banda.

Cebollón y Cebollino se habían colocado justo en primera fila, así que recibían en la espalda y en las piernas los empujones y las patadas de aquellos que estaban detrás. El pobre viejo comenzó a protestar:

—¡Atrás, atrás!

El príncipe Limón lo oyó y se sintió muy molesto.

Se detuvo frente a él, se plantó bien sobre sus torcidas piernas y le reprochó severamente:

—¿Por qué les gritas «Atrás, atrás»? ¿Te fastidia quizá que mis leales súbditos se acerquen para aplaudirme?

—Alteza —le susurró el gran chambelán al oído—, este hombre me parece un peligroso subversivo, sería bueno mantenerlo vigilado.



Inmediatamente, un guardia comenzó a vigilar a Cebollón con un catalejo especial con el que se solía vigilar a los subversivos y que todo guardia llevaba siempre encima.

El pobre Cebollón se puso verde del tembleque.

—¡Majestad —trató de explicarse—, es que me están empujando!

—¡Y hacen bien! —tronó el príncipe Limón—. ¡Hacen muy bien!

El gran chambelán, entonces, se volvió hacia la multitud y soltó el siguiente discurso:

—Amados súbditos, Su Alteza os agradece vuestro afecto y vuestros empujones. ¡Empujad, ciudadanos, empujad con más fuerza!

—¡Pero os caeremos encima! —intentó decir Cebollino.

Inmediatamente, otro guardia comenzó a vigilarlo también con su catalejo, por lo que Cebollino pensó que era mejor escabullirse, deslizándose por entre las piernas de los presentes; estos, al principio, no presionaron tanto, para no lastimarse, pero entonces el gran chambelán les lanzó algunas miradas furibundas y la multitud comenzó a balancearse peor que el agua de una bañera. Y empujaron tan fuerte que Cebollón fue a caer directamente encima de un pie del príncipe Limón. Sin la ayuda del astrónomo de la corte, Su Alteza vio todas las estrellas del firmamento a plena luz del día. Diez limonados de la guardia saltaron como un único limonado sobre el desafortunado Cebollón y lo esposaron.

—¡Cebollino, Cebollino! —gritaba el viejo mientras se lo llevaban.

En ese momento, Cebollino estaba lejos, pero la multitud que lo rodeaba ya lo sabía todo; de hecho, como suele suceder en esos casos, sabía aún más.

—Afortunadamente lo han arrestado. ¡Quería apuñalar a Su Alteza!

—Pero ¿qué dices? ¡Llevaba una ametralladora en el bolsillo!

—¿Metida en el bolsillo? Vamos, eso no es posible.

—¿Es que no has oído los disparos?

Los disparos, en realidad, eran los petardos que se habían lanzado en honor del príncipe Limón, pero la gente se asustó tanto que comenzó a huir en todas direcciones.

A Cebollino le habría gustado decirle a aquella gente que su padre, en el bolsillo, sólo llevaba la colilla de un cigarro toscano, pero luego pensó que ni siquiera le habrían escuchado. ¡Pobre Cebollino! Le parecía que no podía ver bien con su ojo derecho: era por culpa de una lágrima que quería salir a toda costa.

—¡Estúpida! —exclamó Cebollino, apretando los dientes para darse valor.

La lágrima, muy asustada, retrocedió y nunca más volvió a aparecer.



En resumen: Cebollón fue condenado a permanecer en prisión de por vida; de hecho, hasta después de su muerte, porque en las prisiones del príncipe Limón también estaba el cementerio.

Cebollino fue a verlo y lo abrazó.

—¡Pobre papá! ¡Te han metido en la cárcel como si fueras un malhechor, junto a los peores bandidos!

—Hijo mío, sácate esa idea de la cabeza —le dijo su padre cariñosamente—. En la cárcel hay muchos caballeros.

—¿Y qué hicieron mal?

—Nada. Por eso estamos en prisión. Al príncipe Limón no le gustan las buenas personas.

Cebollino reflexionó un momento y le pareció que lo había entendido.

—¿Entonces es un honor estar en prisión?

—A veces sí. Las cárceles están hechas para los que roban y los que matan, pero desde que manda el príncipe Limón, quien roba y quien mata está en su propia corte y los buenos ciudadanos van a prisión.

—Quiero convertirme en un buen ciudadano —decidió Cebollino—, pero no quiero terminar en la cárcel. De hecho, volveré aquí y os liberaré a todos.

En ese momento, un limonado de guardia les advirtió que la conversación había terminado.

—Cebollino —dijo el pobre condenado—, ahora ya eres mayor y puedes cuidar de ti y de tus cosas. El tío Cebolla cuidará de mamá y de tus hermanitos. Quiero que cojas tus cosas y salgas a recorrer mundo para aprender.

—Pero no tengo libros y no tengo dinero para comprarlos.

—No importa. Estudiarás un solo tema: los villanos. Cuando encuentres uno, detente y estúdialo adecuadamente.

—¿Y después qué haré?

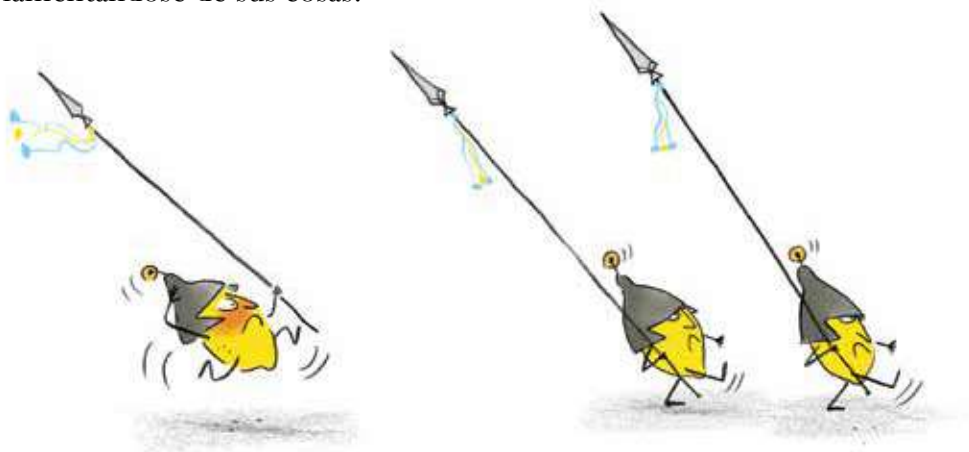
—Te vendrá a la mente en el momento adecuado.

—Vamos, vamos —exclamó el limonado—, basta de hablar. Y tú, mocos, mantente alejado si no quieres acabar también dentro de una celda.

Cebollino tenía una respuesta mordaz lista en la punta de la lengua, pero se dio cuenta de que no valía la pena ser arrestado antes siquiera de ponerse manos a la obra.

Abrazó a su padre y salió de allí corriendo.

Ese mismo día confió su madre y sus hermanos al tío Cebolla, un buen hombre un poco más afortunado que los demás, porque tenía un puesto de portero; y con un hatillo sujeto a un palo, partió. Tomó el primer camino que encontró, pero debía de ser, como veréis, el camino correcto. Después de un par de horas de caminata, se encontró en la entrada de un pequeño pueblo de la campiña, sin siquiera el nombre escrito en la primera casa. De hecho, la primera casa ni siquiera era una casa, sino una especie de caseta de perro que difícilmente habría sido suficiente para un perro salchicha. Por la ventana se podía ver la cara de un anciano de barba rojiza que miraba hacia fuera con tristeza y parecía muy ocupado lamentándose de sus cosas.



CAPÍTULO II

De cómo don Calabacín, con maña, se fabricó su propia cabaña

—Buen hombre... —le preguntó Cebollino—, pero ¿qué le ha pasado por la cabeza para encerrarse ahí dentro? Me gustaría mucho saber cómo se las arreglará para salir.

—Oh, buenos días —respondió el anciano amablemente—, con mucho gusto te invitaría a entrar, jovencito, y te ofrecería un vaso de cerveza. Pero aquí dentro no es que vayamos a estar muy cómodos y, ahora que lo pienso, tampoco tengo cerveza.

—No importa —dijo Cebollino—, no tengo sed. ¿De verdad vive ahí dentro?

—Sí —dijo el anciano, al que llamaban don Calabacín—. Es una casa un poco pequeña, pero hasta que se pone a soplar el viento se está bastante bien.

Don Calabacín había terminado de construir su cabaña el día anterior. Debéis saber que, cuando era niño, se había propuesto tener una vivienda de su propiedad, y cada año reservaba un ladri- llo. Pero había un problema, y es que don Calabacín no sabía nada



de aritmética, así que de vez en cuando le rogaba al maestro Uvapasa, el zapatero, que le contara los ladrillos.

—Veamos —dijo aquella vez el maestro Uvapasa, rascándose la cabeza con el punzón—, seis por siete, cuarenta y dos... bajo el nueve... en resumen, son diecisiete.

—¿Y son suficientes para hacer una casa?

—Yo diría que no.

—¿Y entonces qué?

—Entonces, ¿qué quiere que le diga? Si no son suficientes para hacerse una casa, hágase un banco.

—Pero no necesito un banco. Ya hay suficientes en los jardines públicos, y cuando están ocupados puedo quedarme de pie perfectamente.

De nuevo, el maestro Uvapasa se rascó la cabeza con el punzón, primero detrás de la oreja derecha, luego detrás de la oreja izquierda, y finalmente regresó a su tienda.

Don Calabacín decidió trabajar más duro y comer menos, por lo que empezó a reunir tres ladrillos al año, y algunos años incluso cinco.

Se quedó tan flaco como una cerilla, pero el montón de ladrillos creció.

La gente decía:

—Miren a don Calabacín, parece que se saque los ladrillos de la tripa. Cada vez que hay un ladrillo más en la pila, don Calabacín adelgaza un kilo.

Cuando don Calabacín sintió que ya estaba viejo, llamó de nuevo al maestro Uvapasa y le dijo así:

—Por favor, venga a contar mis ladrillos.

El maestro Uvapasa cogió el punzón para rascarse la cabeza, miró la pila y dijo:

—Seis por siete, cuarenta y dos... bajo el nueve... en resumen, son ciento dieciocho.

—¿Serán suficientes para hacerme la casa?

—Yo diría que no.

—¿Y entonces qué?

—Entonces, ¿qué quiere que le diga? Hágase un gallinero.

—Pero no tengo gallinas que meter dentro.

—Meta a un gato: los gatos son útiles porque atrapan ratones.

—Eso es cierto, pero no tengo un gato y, si me paro a pensar, también me faltan los ratones.

—No sé qué decirle —bufó el maestro Uvapasa, rascándose furiosamente la cabeza con el punzón—, ciento dieciocho son ciento dieciocho, ¿verdad?

—Si lo dice usted que ha estudiado aritmética, seguramente será así.

Don Calabacín suspiró, y luego suspiró una vez más; finalmente, dado que por mucho que suspirase la cantidad de ladrillos no aumentaba, decidió comenzar la construcción sin más espera.

«Haré una casa pequeña pequeña», pensó mientras trabajaba. «No necesito un palacio, y de todos modos yo también soy pequeño. Y si no hay suficientes ladrillos, usaré algunas hojas de papel».

Don Calabacín trabajaba poco a poco, por miedo a que los ladrillos se le acabasen demasiado pronto. Los colocaba uno encima

del otro con delicadeza, como si estuvieran hechos de cristal. ¡Conocía muy bien a sus ladrillos!

—Aquí está —dijo, cogiendo uno y acariciándolo cariñosamente—. Éste es el ladrillo que guardé la Navidad de hace diez años. Fui a comprarlo al mercado con el dinero del capón: ya comeré capón cuando la casa esté terminada.

Con cada ladrillo soltaba un largo suspiro. Pero cuando ya había gastado todos los ladrillos, todavía le quedaban muchos suspiros, y la casa era poco más grande que un palomar.

«Si fuera un palomo», pensó el pobre Calabacín, «estaría comodísimo».

Pero cuando estaba a punto de entrar, se golpeó una rodilla contra el techo y amenazó con echar al suelo la cabaña entera.

—Cuanto más envejezco más descuidado me vuelvo: tengo que prestar más atención.

Se arrodilló frente a la puerta y así, a cuatro patas, gateando y suspirando, entró en su casita. Una vez dentro, comenzaron de nuevo los problemas: si se levantaba, derrumbaría el techo; no podía ponerse tumbado porque la casa era demasiado corta; no podía ponerse de través porque la casa era demasiado estrecha. ¿Y los pies? También tenía que meter los pies, de lo contrario, en caso de que lloviera, se le mojarían.

«Por lo que veo», concluyó Calabacín, «no me queda más que sentarme».

Y así lo hizo. Se sentó y suspiró.

Se quedó allí, en medio de la casita, suspirando con prudencia, y su rostro, en la ventana, parecía el retrato de la melancolía.

—¿Cómo se siente? —le preguntó el maestro Uvapasa, que había salido a la puerta de la tienda a curiosear.

—Bien, gracias —respondió Calabacín suavemente.

—¿No le aprieta un poco en los hombros?

—No, tomé bien mis medidas.

El maestro Uvapasa se rascó la cabeza, como siempre, y murmuró algo, pero Calabacín no pudo entender qué. Mientras tanto, la gente llegaba de todas partes para ver la cabaña de don Calabacín. También llegó un grupo de pilluelos, y los más pequeños se subieron al techo de la casita y se pusieron a cantar y a bailar en corro:

En su casa, Calabacín vive cual sardina:
en el dormitorio está el pecho
sus brazos están en la cocina,
y la cabeza le sale por el techo.

—Por el amor de dios, muchachos —se quejó Calabacín—, tened más cuidado, o de lo contrario me echaréis abajo la casa. Es muy delicada.

Para apaciguarlos, se sacó de un bolsillo tres o cuatro hermosas peladillas rojas y verdes, quién sabe cuántos años tendrían, y se las ofreció a los niños, que se lanzaron a sus manos gritando y se pelearon para repartirse el botín.

A partir de ese día, Calabacín, tan pronto como tenía algunas monedas en el bolsillo, compraba algunas peladillas y las dejaba en el alféizar de la ventana para los niños, como quien deja migajas de pan para los gorriones. Así se hizo amigo de ellos. A veces los de-

jaba entrar en su casita por turnos y se quedaba fuera vigilando que no hicieran travesuras.



Calabacín le estaba contando a Cebollino todas estas cosas cuando una nube de polvo se levantó al otro lado del pueblo e inmediatamente se oyó un estrepitoso y precipitado batir de puertas y ventanas. Vieron a la esposa del maestro Uvapasa cerrar los postigos de las ventanas con gran furia. Las personas se refugiaron en sus casas como si estuviera a punto de llegar un ciclón. Incluso las gallinas, los gatos y los perros echaron a correr de un lado a otro, despavoridos, en busca de cobijo.

Cebollino aún no había tenido tiempo de descubrir qué sucedía, cuando la nube de polvo, con un terrible estruendo, ya había cruzado el pueblo y se detenía justo en frente de la casita de don Calabacín.

Entre el polvo apareció un carruaje tirado por cuatro caballos, que eran más bien cuatro pepinos, porque en aquel pueblo, como ya habréis entendido, todos estaban emparentados con las verduras. Desde el carruaje, un personaje imponente saltó al suelo, vestido de verde, con una cara roja y redonda que parecía a punto de estallar, como un tomate demasiado maduro.

Ese personaje era, de hecho, el caballero Tomate, gran mayordomo y administrador del castillo de las condesas del Cerezo. Cebollino pensó que no debía de ser muy bondadoso si todos huían al verlo llegar y, por si acaso, se hizo a un lado.

Mientras tanto, sin embargo, el caballero Tomate no hizo nada terrible. ¿Qué hizo? Miró a don Calabacín muy fijamente, adelantando la cabeza con gesto amenazador, pero sin decir una sola palabra.

El pobre don Calabacín deseó que se lo tragara la tierra: a él y a su casita.

Un río de sudor le bajaba por la frente y se le metía en la boca, pero ni siquiera se atrevía a levantar la mano para secárselo y se lo empezó a tragar: era salado y amargo.

Don Calabacín cerró los ojos y pensó: «Tranquilo, Tomate ya se ha ido. Mi casita y yo somos un marinero y su barquita en medio del Océano Pacífico, y el agua del mar es azul y tranquila y nos mece suavemente. Oh, cómo nos acuna con dulzura de aquí para allá... de aquí para allá...».

Pero qué océano Pacífico ni qué océano Atlántico: era el caballero Tomate, quien, agarrando el techo desde arriba, lo sacudía de un lado a otro con todas sus fuerzas, haciendo caer las tejas.

Don Calabacín abrió los ojos, mientras el caballero Tomate lanzaba un rugido aterrador que hizo que la gente del pueblo atrancara ahora las ventanas con maderos, y que aquellos que sólo le habían dado una vuelta a la llave de la puerta le dieran enseguida una segunda.

—¡Ladrón! —gritó Tomate—. ¡Bribón! Has construido una casa en un terreno que pertenece a las condesas del Cerezo y piensas pasar el resto de tus días aquí, holgazaneando y riéndote a espaldas de las dos pobres ancianas, viudas y huérfanas de padre y madre. ¡Pero ya te enseñaré yo!

—¡Excelencia! —le rogó Calabacín—. ¡Le aseguro que el señor conde del Cerezo me dio permiso para construir aquí mi casa!

—El señor conde del Cerezo lleva muerto más de treinta años, que en paz descansa su hueso. Esta tierra es de las condesas, y tú harás bien en largarte de aquí muy rapidito. Además, te lo repetirá el abogado. ¡Abogado! ¡Abogado!

Don Guisante, que era el abogado de la localidad, debía de estar detrás de la puerta todo el tiempo, listo para atender a la llamada, porque salió disparado precisamente como un guisante de su vaina. Cada vez que Tomate bajaba a la aldea, siempre llamaba al abogado para hacer que le diera la razón:

—¡Aquí estoy, Excelencia! A sus órdenes —murmuró Guisante, haciendo una pomposa reverencia.

Pero era tan pequeño que no se pudo apreciar tal reverencia: por miedo a parecer maleducado, don Guisante dio además un salto mortal y terminó cabeza abajo con los pies pataleando en el aire.

—Dile a este hombre que debe irse inmediatamente, en nombre de la ley. Y haz saber a todo el mundo que las condesas del Cerezo tienen la intención de meter un feroz mastín en esta caseta de perro para mantener a raya a los mocosos que ya desde hace algún tiempo se muestran irrespetuosos.

—Esto... yo... realmente... —comenzó a farfullar don Guisante, poniéndose cada vez más verde de miedo.

—Qué realmente ni qué realmente. ¿Eres abogado, sí o no?

—Sí, señor, Excelencia ilustrísima: me gradué en Derecho Civil, Penal y Penoso en la Universidad de Salamanca.

—Eso es más que suficiente, entonces. Si eres abogado, tengo yo la razón. Puedes irte.

—Sí, señor, señor caballero. —Y don Guisante, sin hacérselo repetir, desapareció más rápido que la cola de un ratón.

—¿Has escuchado bien lo que ha dicho el abogado? —le preguntó Tomate a don Calabacín.

—El abogado no ha dicho nada en absoluto.

—¿Y también osas responderme, prepotentucho?

—Su Excelencia, yo no he abierto la boca —tartamudeó Calabacín.

—¿Quién ha sido, entonces?

Tomate miró a su alrededor amenazadoramente.

—¡Tunante! ¡Granuja! —dijo de nuevo la voz.

—¿Quién ha hablado? Debe de haber sido ese malandrín del maestro Uvapasa —llegó a la conclusión Tomate, y se dirigió a la tienda del zapatero y llamó a la puerta con su porra, diciendo:

—Ya sé, maestro Uvapasa, que en tu tienda se dan discursos prohibidos contra mí y contra las nobles condesas del Cerezo. No tienes respeto por esas dos pobrecitas viudas, huérfanas de padre y madre y sin siquiera un solo tío. Pero ya te llegará tu turno. Y luego veremos quién se ríe el último.

—También a ti te llegará tu turno, Tomate, y entonces reventarás —dijo la voz de nuevo. Y el dueño de la voz, que era Cebollino, se acercó con las manos en los bolsillos al terrible caballero, que ni siquiera sospechó por un minuto que aquel chiquillo fuera quien le estaba cantando las cuarenta.

—¿De dónde sales tú? ¿Por qué no estás en el trabajo?

—Yo no trabajo —dijo Cebollino—, yo estudio.

—¿Y qué estudias? ¿Dónde tienes los libros?

—Estudio a los villanos, Excelencia. Justo ahora se me ha aparecido uno frente a las narices y no he querido perder la oportunidad de estudiarlo para ver cómo hace las cosas.

—¿Un villano? Aquí, todos, desde el primero hasta el último, son unos villanos. Pero si has encontrado a uno que no conozco, muéstramelo.

—Por supuesto, Excelencia —respondió Cebollino, guiñándole un ojo. Metió la mano hasta el fondo de su bolsillo izquierdo y sacó un pequeño espejo que solía utilizar para cazar alondras. Se acercó hasta detenerse frente a la nariz del caballero Tomate y le puso el espejo delante del rostro.

—Aquí está, Excelencia: míreselo con calma.

Tomate miró el espejo con curiosidad. ¡Quién sabe qué creyó que vería! Naturalmente, en cambio, vio su rostro rojo de ira, sus ojos pequeños, su boca perversa.

Finalmente entendió que Cebollino le estaba tomando el pelo: incluso se puso furioso. Lo agarró por el cabello con ambas manos y comenzó a tirar.

—¡Ay! ¡Ay! —gritó Cebollino, sin perder su alegría—. Demasiada fuerza para un solo villano: Su Excelencia cuenta como un verdadero batallón de villanos.

—Te lo demostraré —gritó Tomate. Y tiró tan fuerte que se le quedó un mechón de pelo en la mano.

Y sucedió lo que se suponía que iba a pasar, tratándose del cabello de Cebollino.



En un instante y de repente, el feroz caballero sintió un hormigueo tremendo en los ojos y comenzó a llorar a chorros. Las lágrimas corrían por sus mejillas de siete en siete. La calle se mojó inmediatamente, como si hubiera pasado el camión de la limpieza con las mangueras.

—¡Esto nunca me había pasado! —reflexionó Tomate trastornado. De hecho, como no tenía corazón, nunca había llorado, y claro, tampoco había pelado una cebolla en toda su vida. El fenómeno le resultó tan sumamente extraño que de un salto se subió al carruaje, fustigó a los caballos y escapó a toda velocidad. Mientras huía, se volvió para gritar:

—Calabacín, quedas advertido... ¡Y tú, pequeño pícaro, pagarás caras estas lágrimas!

Cebollino se echó a reír hasta caerse al suelo y don Calabacín se secó el sudor.

Una por una, las puertas y ventanas se abrieron de par en par, excepto la de don Guisante. El maestro Uvapasa levantó la persiana y salió rascándose la cabeza con entusiasmo.

—¡Por todos los cordones del universo! —exclamó—. Aquí hay alguien capaz de hacer llorar al caballero Tomate. ¿De dónde sales, chico? —Y Cebollino tuvo que contarles a todos su historia, que ya conocéis.